

La Alemania de Weimar

Presagio y tragedia

ERIC D. WEITZ

T

TURNER NOEMA



Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Introducción

I Un comienzo agitado

II Un paseo por la ciudad

III El mundo de la política

IV Una economía en crisis y una sociedad en tensión

V Edificios para una nueva Alemania

VI Imagen y sonido

VII Cultura y sociedad de masas

VIII Cuerpos y sexo

IX Revolución y contrarrevolución de la derecha

Conclusión

Ensayo bibliográfico

Agradecimientos

Fotografías

La Alemania de Weimar

Presagio y tragedia

ERIC D. WEITZ

TRADUCCIÓN DE GREGORIO CANTERA

COLECCIÓN NOEMA



Primera edición en español: febrero de 2009
Título original: *Weimar Germany. Promise and Tragedy*

Copyright © 2007, by Princeton University Press

D.R. © Turner Publicaciones S.L.
Rafael Calvo, 42
28010 Madrid

www.turnerlibros.com

Diseño de la colección: Enric Satué

Ilustración de cubierta: “Cortado con un cuchillo de cocina Dada” (detalle), Hannah Höch, 1919. © Vegap, Madrid, 2009.

Se ha hecho el mayor esfuerzo posible para referenciar correctamente las imágenes que aparecen en el presente libro. Cualquier omisión será debidamente corregida en subsiguientes ediciones.

ISBN EPUB: 978-84-15427-27-8

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de la obra, ni su tratamiento o transmisión por cualquier medio o método sin la autorización escrita de la editorial.

A mi padre, Charles Baer Weitz (nacido en 1919), y en recuerdo de mi madre, Shirley Wolkoff Weitz (1925-2004), que me inculcaron el amor al estudio

INTRODUCCIÓN

*L*a Alemania de Weimar todavía significa algo para nosotros. Ni un ápice ha disminuido el aprecio por los cuadros de George Grosz o Max Beckmann: museos y galerías de Sydney, Los Ángeles o San Petersburgo exhiben con orgullo sus pinturas. En diferentes idiomas y en coliseos repartidos por el mundo entero, se sigue representando *La ópera de cuatro cuartos*, de Bertolt Brecht y Kurt Weill. Aunque vio la luz en 1925, aún se reedita la magistral novela de Thomas Mann, *La montaña mágica*, y, si bien ya no está considerada como libro de cabecera, es objeto de lectura y estudio en cursos de literatura y filosofía impartidos en innumerables facultades y universidades. Las cocinas contemporáneas están en deuda con los diseños de la década de 1920 y la labor creativa de la Bauhaus. Quizá la arquitectura de nuestros días se haya apartado un tanto del funcionalismo radical de Walter Gropius, pero, ¿cómo no admirar la belleza de los edificios de Erich Mendelsohn, esa combinación de líneas puras y dinámicas, como la casa Columbus, los grandes almacenes Schocken (aunque sólo uno quede en pie) o la caprichosa Torre Einstein? Es posible que Hannah Höch no nos resulte tan conocida, pero la novedosa mezcla de estilos primitivo y modernista, la yuxtaposición de máscaras de África o de la Polinesia con utensilios de la vida diaria del decenio de 1920, aún deja embelesados a aquellos de nuestros coetáneos que se acercan a su obra. Las profundas especulaciones filosóficas de Martin Heidegger o los ensayos a pie de calle de Siegfried Kracauer, siempre a vueltas con las tecnologías avanzadas y la sociedad de masas, nos ayudan a comprender mejor las circunstancias de la época que nos ha tocado vivir. ¿Qué cinéfilo empedernido no recuerda *El gabinete del doctor Caligari*, *Metrópolis* o *Berlín, sinfonía de una ciudad*?

También en otros aspectos, sobre todo como advertencia de peligro, aún pervive el eco de la Alemania de Weimar, una sociedad zarandeada por una economía en crisis y enquistados conflictos políticos. La sombra de la Primera Guerra Mundial se cierne sobre la historia de la República. Por mucho empeño que economistas e historiadores de nuestros días pongan en matizar la carga insoportable que, para la Alemania de la época, supusieron

las exigencias económicas del Tratado de Paz de Versalles, los alemanes estaban persuadidos del injusto trato al que los sometían los vencedores de aquel conflicto bélico. Las críticas a los aliados no se hicieron esperar y, como es de suponer, tampoco se salvaron de ellas ni los judíos ni los socialistas alemanes, acusados de todos los males que se derivaron de aquel desastre: revueltas ciudadanas, hiperinflación, depresión, quiebras y todas las adversidades que puedan imaginarse. La Alemania de Weimar evoca las graves dificultades que pueden surgir cuando en una sociedad no hay consenso para mirar al futuro y cualquier diferencia, por nimia que sea, desencadena enfrentamientos políticos entre ciudadanos, cuando los asesinatos y la violencia callejera se convierten en el pan nuestro de cada día y las fuerzas antidemocráticas buscan la salida más fácil: convertir a las minorías en cabeza de turco. Representa, por encima de todo, una señal de peligro, porque todos sabemos cómo acabó: con la asunción del poder por los nazis el 30 de enero de 1933.

A pesar de los innumerables conflictos y desastres, el periodo de Weimar fue también un momento de enormes avances, tanto en el terreno político como en el cultural. El hundimiento del antiguo régimen imperial durante la guerra y la revolución espolearon la imaginación en lo político y en lo social. Durante ese periodo, los alemanes supieron conciliar un sistema político liberal, en un sentido muy lato, con avanzados programas de bienestar social que introdujeron importantes mejoras en la vida de la gente normal: la jornada laboral quedó reducida a ocho horas, mucho más tolerable; la prestación por desempleo parecía presagiar una nueva era en la que los trabajadores quedarían a cubierto de las volubles circunstancias de los ciclos económicos; la oferta de vivienda pública garantizaba que los trabajadores más cualificados y los oficinistas tuvieran la posibilidad de mudarse de sus antiguas viviendas a edificios más modernos y saludables, dotados de agua corriente, cocinas de gas y electricidad; se reconoció el derecho al voto de las mujeres; había una prensa libre y puntera. Se pusieron los medios para edificar un futuro, armonioso y próspero, basado en ideas como el nudismo o el comunismo. Terapeutas sexuales y agitadores populares defendían que todo el mundo tenía derecho a disfrutar de una vida sexual rica y placentera. Como en el cine, el espectáculo servido por los dioses del consumo abría la posibilidad de llevar una vida diferente y más dichosa, por mucho que, a las siete de la mañana del día siguiente, hubiera que levantarse para acudir al

trabajo, a la oficina o a ponerse detrás del mostrador. La guerra y la revolución despejaron el camino hacia unos ideales utópicos. Según la persona que hablase, quedaba claro que, gracias a la arquitectura moderna, a la fotografía, a las urbanizaciones o a las manifestaciones callejeras, era posible cambiar el mundo: la seguridad y la confianza fueron el motor de una inspiración que cristalizó en una creación artística y en un pensamiento filosófico sin precedentes.

Los alemanes no eran los únicos que estaban empeñados en seguir esa senda. La estela del cataclismo de la Primera Guerra Mundial sirvió para que las mujeres se ganasen el derecho al voto en Inglaterra, París abriese sus puertas al arte moderno, los arquitectos holandeses ideasen nuevas formas, y grupos políticos y multitudes en Viena, Budapest o Petrogrado derrocasen regímenes imperiales anticuados con la esperanza de construir un deslumbrante futuro político. Para lo bueno y para lo malo, los alemanes observaban y sacaban consecuencias de cuanto acontecía a su alrededor. Fueron años, sin embargo, de intensa desazón. A diferencia de los países vecinos de Occidente, Alemania había perdido la guerra, y sufría graves secuelas políticas, económicas y ciudadanas. No había planteamiento o debate que no se viera ensombrecido por la cuestión de la responsabilidad de haber iniciado la guerra, o por el monto de las reparaciones exigidas. Tras la derrota, los sufrimientos y adversidades de los ciudadanos alemanes quedaban sin recompensa. No sólo no había compensaciones económicas, tampoco la satisfacción que produce cantar victoria después de un sacrificio tan duro como prolongado. A diferencia también de Rusia, país colindante por el este, Alemania no había vivido una revolución que hubiese enterrado el poder y el prestigio de las clases dirigentes tradicionales. Se había quedado a medio camino en una transformación que, si bien sirvió para democratizar el país, en lo sustancial no alteró el antiguo orden social establecido, con la consiguiente falta de consenso e interminables controversias. Las cuestiones fundamentales, las referidas a cómo habría de ser Alemania y las relaciones que habría de establecer con los países limítrofes, eran motivo de inacabables enfrentamientos.

El desastre de la guerra mundial y el acicate de la revolución –situaciones por las que pasaron muchos países europeos, pero que en Alemania adquirieron tintes propios– fueron el detonante del proyecto y de las ideas que plasmaron en la realidad los próceres de Weimar, ya fueran arquitectos

o pintores visionarios, reformistas políticos, revolucionarios de izquierdas o sesudos pensadores de la derecha conservadora y autoritaria. A todos por igual los animaba una idea más profunda, de más hondo calado: la sensación de que vivían los albores de una era de modernidad. En la década de 1920, la economía alemana dependía fundamentalmente de la agricultura, de pequeños negocios y de artesanos especializados, que convivían con clases privilegiadas, a la antigua usanza, cómodamente instaladas en la oficialidad de la milicia, la burocracia estatal y la jerarquía de las dos iglesias cristianas, la católica y la protestante. Aquel viejo mundo tan idealizado de terratenientes aristócratas y aparceros, de estados alemanes independientes que conformaban una Alemania unificada, dirigida en lo político por príncipes, reyes y emperadores y dotada de una rígida estructura de clases, tenía que afrontar nuevos retos. El centro de gravedad social se había desplazado a la ciudad, con su algarabía de ruidos e imágenes, a las estruendosas fábricas y minas que producían lo que demandaba una economía industrial avanzada, a las tensiones y conflictos propios de una “sociedad de masas”; un mundo en el que la mayoría de los trabajadores cumplía con su cometido a cambio de un sueldo, de un salario; de ciudadanos que, gracias a la lectura de periódicos, seguían los dictados del comercio y de la cultura, compraban en grandes almacenes, escuchaban concursos radiofónicos o iban al cine al menos una vez por semana; con tal de conseguir el voto, también la política recurría a las movilizaciones de masas, manifestaciones frente a los ayuntamientos o a las puertas de la fábrica, sin hacer ascos a las armas, caso de que se produjese alguna revuelta callejera.

Cualesquiera que fueran sus tendencias políticas o culturales, los protagonistas de Weimar no eran ajenos a las tensiones que generaba el advenimiento de la época moderna. No les quedaba otra salida. Quienes trataban de evitarlo, retirándose a la Selva Negra, atrincherándose en sus casas munitenses o en pueblos alpinos en régimen de casi reclusión, autoproclamándose representantes de los “valores alemanes tradicionales”, los opuestos a las ideas modernas, no tenían más remedio que recurrir a los periódicos y a la radio para difundir sus ideas y animar a sus seguidores, cuantos más mejor, para que acudieran a votar o se dispusieran a dar la cara. Otros abrazaban la modernidad sin reservas, defendiendo la participación del pueblo en la política y en la sociedad industrial, desarrollando nuevas

formas de expresión –arte abstracto, música dodecafónica, arquitectura de líneas depuradas y materiales industriales– que, según ellos, representaban más adecuadamente las tensiones, los conflictos y las vivencias propios de su tiempo. Si la creatividad de la República de Weimar supuso un hito cultural y político, fue gracias a aquellos artistas plásticos, escritores y políticos que supieron desentrañar el sentido de la modernidad, algunos impulsándola por nuevos caminos, luminosos y emancipadores, y otros siguiendo derivas autoritarias, sanguinarias y terriblemente racistas.

La Alemania de Weimar: presagio y tragedia da cuenta de los aspectos más sobresalientes del periodo comprendido entre 1918 y 1933, ya se trate de cuestiones políticas, económicas, culturales o sociales, como de las interrelaciones entre unas y otras. Con este propósito, se han utilizado un sinnúmero de fuentes de la época, impresas, gráficas o sonoras, así como los más que abundantes estudios, históricos o de cualquier otra índole, sobre este periodo.^[1] Se ha prestado especial atención a Berlín, como capital política y cultural, sin descuidar por eso otras circunstancias en el ámbito rural y en ciudades y pueblos del país. Asimismo, intentamos poner de relieve los elementos más llamativos e innovadores de este periodo tan conflictivo, bronco, dinámico y difícil. En ningún momento se ha restado importancia a las graves limitaciones a las que estaba sometida la sociedad de Weimar: las imposiciones de los aliados, por un lado, o el desplome económico internacional, por otro; las repercusiones de la tradición autoritaria alemana, o la aparición de una nueva derecha radical, más peligrosa y proclive a la violencia. Por fin, y como es natural, analizaremos aquello que se hizo mal, las razones que culminaron en aquel desastre, para llegar a la conclusión de que la República de Weimar no se hundió por sí misma, sino que su caída se debió a una conjunción de fuerzas de la derecha tradicional, hostil al régimen desde el primer momento, y de la extrema derecha, de nuevo cuño. La derecha –empresarios, nobles, funcionarios gubernamentales y oficiales del Ejército– era poderosa y ocupaba puestos clave. Sin olvidar que también los comunistas trataron de enterrar la República, el peligro más grave siempre lo planteó la derecha.

No hay razones plausibles para considerar, sin embargo, los doce años del Tercer Reich como una mera prolongación de los catorce que duró la República de Weimar. Si damos por sentado que ningún acontecimiento

histórico viene predeterminado, menos aún en el caso de la victoria nazi. No hay duda de que los conflictos y las limitaciones del periodo de Weimar supusieron un balón de oxígeno para el movimiento nazi, pero afirmar que Weimar no fue sino el preludio del Tercer Reich es una mixtificación. La Alemania de Weimar fue un momento histórico apasionante, y muchas de las creaciones artísticas, avances filosóficos e iniciativas políticas que surgieron entonces abrigaban la esperanza de un mundo mejor, un enfoque que aún tiene sentido en nuestra época.

[1](#) Estudios muy recientes sobre aspectos sociales, culturales y referentes a cuestiones de género nos acercan de forma más precisa a la situación política y social que se vivía en la época de Weimar. No hay que olvidar, con todo, algunos trabajos anteriores, y otros más o menos recientes, referidos a las circunstancias económicas y a la vida política de aquel momento. Como a continuación de las notas se incluye un apéndice bibliográfico, hemos optado por no incluir en el texto las líneas argumentales expuestas en las fuentes que allí se mencionan.

UN COMIENZO AGITADO

Nunca es plato de gusto contemplar el regreso de un ejército derrotado. El gesto hosco de los soldados andrajosos torna más descorazonadora si cabe la visión de las heridas vendadas y los miembros amputados, de hombres que cojean y caminan con ayuda de muletas (véase fig. 1.1). Con todo, el 10 de diciembre de 1918, cuando sólo llevaba un mes en el cargo, Friedrich Ebert, presidente del Consejo de Representantes del Pueblo, afrontó con coraje el discurso de bienvenida a los soldados derrotados que volvían a casa.

Compatriotas, bienvenidos a la República de Alemania, bienvenidos a la patria, que tanto os ha echado de menos...

Os recibimos con entusiasmo [...] El enemigo no ha podido con vosotros. Sólo tras constatar la aplastante superioridad en efectivos y armamento del adversario, renunciamos a seguir combatiendo [...] Habéis impedido que los enemigos invadiesen nuestra patria. Habéis salvado a vuestras esposas, a vuestros hijos, a vuestros padres, de morir asesinados, del fragor de una guerra. Habéis contenido la devastación y la destrucción de las tierras de labranza y de las fábricas de Alemania. Por eso, de todo corazón, aceptad nuestro más profundo agradecimiento.^[1]

Ebert, que había sido partidario de la contienda y perdido a dos de sus hijos en el conflicto, no podía censurar la guerra como un trágico despilfarro de vidas humanas y recursos materiales. Trataba de encontrarle un sentido.

Pretendía, al tiempo, preparar a los soldados para los drásticos cambios que se habían producido en el país. Los alemanes se habían deshecho de los anteriores gobernantes, una auténtica desgracia para la nación, y podía afirmar que el pueblo alemán era ya el único dueño de su destino, que el futuro de la libertad en Alemania dependía de ellos, de los que regresaban.

“Nadie como vosotros ha sufrido en carne propia la injusticia del régimen anterior. Pensando en vosotros, abolimos tan funesto sistema. Sólo pensando en vosotros, luchamos por la libertad y establecimos los derechos de los trabajadores”. No estamos en condiciones de daros la bienvenida con grandes dispendios y alharacas. Nuestro “desdichado país está empobrecido”; los vencedores nos imponen rigurosas y onerosas cargas. “Pero sobre esas ruinas, levantaremos una nueva Alemania”.^[2]

Durante la Primera Guerra Mundial fueron llamados a filas más de trece millones de hombres, el 19,7 % de la población masculina de la Alemania de 1914. Cuando se firmó el armisticio, el 11 de noviembre de 1918, casi ocho millones seguían en activo.^[3] La razón que les habían dado para ir a la guerra era que había que defender la patria contra la barbarie rusa, que amenazaba con llevar el caos y la destrucción a suelo alemán; contra los belgas y los franceses, que habían hecho sus apañes para repartirse Alemania y las mujeres alemanas; contra los ingleses y los norteamericanos, que codiciaban la riqueza de la nación y temían la competencia económica que el país pudiera suponerles. No todos los alemanes se mostraron dispuestos a ir a la guerra: en el verano de 1914, en muchas ciudades y localidades se escucharon vibrantes discursos a favor de la paz y de entablar negociaciones. Pacifistas, como el joven arquitecto Bruno Taut, y socialistas radicales como Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, no dudaron en hacer pública su oposición al conflicto, prueba definitiva, según ellos, de la falta de humanidad del capitalismo. Sus voces quedaron silenciadas, no obstante, por el precipitado llamamiento a la guerra lanzado por el káiser Guillermo II, sus generales y los responsables civiles del Gobierno. Aunque habían sido considerables los avances de la democracia en Alemania durante las décadas anteriores a la Primera Guerra Mundial, el Ejército y el Gobierno sólo obedecían las órdenes del káiser, no las que procedían del Reichstag y, mucho menos, la voluntad del electorado.



Fig. 1.1.: Heridos y abatidos, los soldados alemanes regresan de Bélgica al finalizar la Primera Guerra Mundial. Nada tiene que ver esta imagen con las de agosto de 1914 cuando, entre discursos de alabanza y bajo un diluvio de pétalos de flores, rodeadas del clamor popular, las tropas alemanas partían para el frente.

Ninguno de los soldados que engrosaron las filas del Ejército alemán en aquella guerra inició el regreso a casa, el 11 de noviembre de 1918, con el mismo espíritu que en 1914, en 1916, o incluso en los meses de septiembre y octubre de 1918, cuando llegaron al frente los últimos reclutas. Tan elevado fue el número de bajas que ninguno de los soldados que volvía se encontró con la misma familia, localidad o ciudad que había dejado al partir para la guerra. En Elkenroth, por ejemplo, un pueblo pequeño de unos setecientos habitantes, en Rheinland-Pfalz, noventa y un hombres fueron llamados a filas: el veintiuno por ciento murió; un veintitrés por ciento regresó herido. [4] Ni uno solo de sus habitantes dejó de verse afectado por la pérdida de alguno de los suyos, por las secuelas físicas o psicológicas de la guerra. En pocas palabras: unos dos millones de alemanes perdieron la vida, y alrededor de cuatro millones doscientos mil resultaron heridos durante la Primera Guerra Mundial. Un diecinueve por ciento de la población

masculina desapareció como consecuencia del conflicto.^[5] Muchos de los supervivientes padecieron durante toda su vida espantosas heridas físicas y psicológicas. A algunos los ocultaron sus familias o, por propia voluntad, pasaron el resto de su vida sin contacto con la sociedad. En los años que siguieron a la guerra, lo normal era ver por las calles heridos de guerra que escondían sus rostros desfigurados con máscaras, que disimulaban la ceguera con gafas oscuras, y sillas de ruedas en las que se desplazaban quienes no podían caminar. Por si fuera poco, los médicos tuvieron que vérselas con una nueva “enfermedad”, la neurosis de guerra, el autismo y los terrores que los soldados habían desarrollado en reacción a los incesantes bombardeos que habían padecido en húmedas e inmundas trincheras.

Cuando aquellos soldados descendían del tren que, por fin, los devolvía a su casa, se encontraban con que sus mujeres habían tenido que hacer frente a horrores similares. En la primavera de 1915, se estableció el racionamiento en todo el país: la escasez de alimentos era una realidad ineludible. En el invierno de 1916 a 1917, los chavales de cinco a siete años de Essen disponían de un cuarto de litro de leche tres veces por semana.^[6] Las autoridades de la ciudad no tuvieron otro remedio que reconocer que, para sortear la escasez de trigo y de centeno,^[7] el pan llevaba tantos aditivos – harina de judías, y hasta serrín, en ocasiones– que era prácticamente incomedible. En aquellas fechas, el “invierno de los nabos” se hizo realidad para muchos alemanes. Años más tarde, un hombre que estaba en edad escolar durante la guerra recordaba que tomaba nabos para desayunar; que, cuando desenvolvía la comida que su madre le había preparado, sólo encontraba nabos, y que, al volver a casa, también había nabos de cena.^[8]

Las mujeres, por su parte, trabajaron en fábricas de municiones. Con todo, se ha exagerado algo la novedad que esto supuso, porque eran muchas las que ya trabajaban en las fábricas alemanas desde antes de 1914. Los requerimientos de una guerra mundial, sin embargo, doblegaron la economía y la sociedad, y todo el país se movilizó para ayudar al Ejército alemán; en consecuencia, fueron muchas las mujeres que se vieron obligadas a trabajar en industrias metalúrgicas y armamentísticas. Precisamente en aquellas fábricas donde su presencia había sido escasa y sólo se las contrataba como auxiliares, en aquellos momentos las mujeres fueron legión y oficiales de primera reconocidas. En Essen, en la factoría Krupp, principal

fabricante de armamento de Alemania, de una plantilla de 41.764 trabajadores en agosto de 1914, sólo 963 eran mujeres. A finales de 1917, la plantilla se había triplicado, y un tercio, 28.664, eran mujeres.^[9] Antes de la guerra, la mayoría de las empleadas trabajaban como personal de limpieza o en las cocinas. En 1917, llenaban cartuchos de pólvora, pulían metales y trabajaban en tornos y fresadoras para sacar adelante la producción.

Era un trabajo penoso, y se realizaba en condiciones deplorables. Alfred Döblin, uno de los principales escritores de la Alemania de Weimar, relata en su novela *A People Betrayed*, cómo uno de los personajes, Minna Imker, cuenta a su hermano, que acaba de llegar del frente, las condiciones de trabajo en una fábrica de armamento en Berlín: muchas horas de esfuerzo y poco dinero; por culpa de la pólvora que tenían que manejar, el pelo se le había puesto verde. No sólo se quejaba de los jefes y capataces, o de las duras circunstancias impuestas por la guerra.

Trabajamos a destajo. Los hombres son los encargados de calibrar las máquinas; a veces, tocan a seis tornos por cabeza. Mientras lo hacen, nos quedamos mano sobre mano perdiendo el tiempo, sabiendo que nos pueden despedir. El hombre que te ha tocado en suerte se lo está pasando en grande junto a la máquina de su novia, mientras las demás estamos esperando. Hay veces, Ed, en que me pongo realmente furiosa. ¿De qué hablan mientras comen y beben, cuando no es de carreras de caballos? De mujeres, claro. Se cuentan unos a otros quién es buena en la cama; se aprovechan de nuestra miseria igual que los patronos, lo mismo que Guillermo o sus generales.^[10]

Las mujeres también dedicaban sus largas horas a buscar comida y algo para entrar en calor. Mientras abuelas y tías hacían colas interminables para conseguir exiguas raciones de pan, las mujeres jóvenes cumplían sus turnos en las fábricas. Hordas de mujeres y chavales recorrían los balastos de las vías en busca de trozos de carbón que se hubieran caído de los trenes, o rastreaban los campos como espigadores bíblicos. A medida que las mujeres protagonizaron protestas más sonadas, llegando a invadir y saquear almacenes y mercados, la policía reaccionaba con un sentimiento encontrado de exasperación, sorpresa y comprensión. Ya en 1915, informes policiales de Berlín aseguraban que “innumerables familias pasan días y días

sin tomar mantequilla ni otra grasa, comen el pan a secas y cocinan sin manteca [...] Hasta los mejores y más leales patriotas comienzan a dar muestras de pesimismo”, al tiempo que los propios policías admitían que “detestaban [tener que tomar] medidas drásticas contra las mujeres”. En su opinión, “las largas horas de cola de las amas de casa, normalmente para nada” las convertían en presa fácil de agitadores políticos.^[11]

Si el trabajo en las fábricas y la búsqueda de comida resultaban agotadores, mucho peor era la pérdida de seres queridos, maridos, hermanos o amantes que jamás regresaron de Francia, Bélgica o Rusia. Los que volvían, lo hacían heridos, física o psicológicamente. El dolor de tales pérdidas era imposible de olvidar. Quizá nadie lo expresó mejor que la artista y pacifista Käthe Kollwitz: perdió a su único hijo en los primeros meses de la guerra y se pasó la vida tratando de exorcizar la pena con ayuda de su arte. La escultura *Madre e hijo* (fig. 1.2.), más conocida como *La Piedad*, que finalizó entre 1937 y 1938, constituye un triste y amargo testimonio del desastre de la guerra. Poco contribuyó a mitigar su pena esa obra de arte, expresión del dolor que sufrían tantas madres alemanas.^[12]



Fig. 1.2.: Käthe Kollwitz, *Madre e hijo*, o *La Piedad*, 1937-1938. Tratando de mitigar el dolor que sentía por la pérdida de su hijo en la Primera Guerra Mundial, la escultora tardó años en dar por terminada esta figura. Tras una serie de controversias, puede contemplarse en la Neue Wache de Berlín, como símbolo de los muertos por Alemania y de todas las víctimas de la guerra (Fotografía de Ullstein / The Granger Collection, Nueva York).

La experiencia de los años de guerra, los horrores del frente y las penurias en el hogar culminaron en un sentimiento de liberación por parte de innumerables hombres y mujeres. La locura de la guerra se llevó por delante muchas de las convenciones sociales y artísticas. Un fogoso entusiasmo, la

experimentación en el terreno del arte, la ostentación de la sexualidad y de las relaciones poco convencionales, una energía vibrante y vertiginosa, fueron la consecuencia directa del desorden que desencadenó la Primera Guerra Mundial, ecos distorsionados de tan magno desastre. Después de tantas vidas segadas a destiempo, o echadas a perder por culpa de las balas o el gas, arraigó el sentimiento profundo del carácter efímero de la existencia, un intenso deseo de aferrarse a la vida en todas sus manifestaciones, de sentir el amor, el sexo, la belleza, el poder, los coches rápidos y los vuelos en avión, de hacer locuras en el baile y en el teatro.

Para muchas mujeres, la fábrica y la ciudad representaron una liberación de las estrictas normas de sus padres, pastores o curas, y de los cotilleos de pueblo. Por duro que fuera el trabajo, el dinero que recibían a cambio les hacía sentirse emancipadas, impresión que se mantuvo durante los años de la República de Weimar. Las fuerzas del orden –funcionarios, policías, capataces y jefes, incluso padres, maridos y hermanos– contemplaban con preocupación estos cambios: ya se encargarían ellos de que las fábricas, después de la guerra, volvieran a ser el universo masculino que siempre habían sido. Sólo a medias alcanzaron su objetivo: las mujeres fueron apartadas de algunos sectores, como el metalúrgico, pero, en términos generales, la economía andaba necesitada de mano de obra femenina –mucho más barata que la masculina, por otra parte– y las mujeres necesitaban trabajar para salir adelante ellas y sus familias. No puede decirse, pues, que la población femenina se quedase recluida en casa.

La guerra también echó por tierra los conceptos tradicionales de respeto y sumisión ciega a la autoridad. A fin de cuentas, había sido un conflicto provocado por las clases dirigentes alemanas y europeas. Fue la primera guerra de todos contra todos, y el Estado contrajo enormes responsabilidades, controlándolo todo, desde la mano de obra y las materias primas hasta la distribución de comida. Trató incluso de controlar la vida sexual, llegando a amenazar a las mujeres que se echaban amantes con que sus maridos en el frente correrían la peor de las suertes. El Estado también prometió un magnífico futuro, una Alemania próspera y fuerte tras la victoria, una Alemania que se enseñorearía del continente, una posición dominante que sólo reportaría beneficios a todos y cada uno de los alemanes. Cuando, hacia el tercer año del conflicto, se comprobó la insustancialidad de tales promesas, muchos alemanes la emprendieron con

los símbolos y las instituciones que les habían llevado a la guerra. Inquietos, los funcionarios constataban el descontento de la población, el menosprecio hacia los hasta entonces sagrados símbolos de Alemania, la familia imperial y los oficiales del Ejército, la falta de respeto hacia capataces y jefes. El pintor George Grosz plasmó estos sentimientos a la perfección en muchos de sus dibujos y pinturas, como *Los curanderos* (fig. 1. 3.), una viñeta en la que unos médicos y oficiales del Ejército declaran que un esqueleto es apto para cumplir con sus obligaciones militares. Los dibujos caricaturescos de Grosz son una muestra del desprecio que muchos alemanes sentían hacia sus dirigentes. Dueño ya de por sí de un carácter endemoniado, a Grosz acabó por sacarle de quicio la inutilidad de aquella guerra. En su caso, como les ocurriría a tantos alemanes, la crueldad de la contienda socavó la noción de consideración a la autoridad, hasta el punto de que, durante los catorce años de la República, jamás logró imponerse nada parecido a la obediencia o el respeto



Fig. 1.3.: George Grosz, *Los curanderos*, o *Apto para su incorporación a filas*, 1916-1917. Caricaturesca descripción de la colaboración entre médicos y militares. El médico que examina al esqueleto afirma que es “apto para su incorporación a filas”, mientras unos oficiales se lamentan de que la gente haga huelga y siga las consignas de la revolución (Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz / Vegap, Madrid, 2009).

El 21 de marzo de 1918, el Ejército alemán inició la gran ofensiva final en el frente occidental, poniendo toda la carne en el asador: hombres, reservistas y municiones. La campaña se prolongó durante dos semanas y, aunque se consiguieron algunos avances, nunca se logró doblegar las defensas aliadas. Desnutridos, cuando llegaron a las avanzadillas aliadas, los soldados alemanes se abalanzaron sobre los víveres que encontraron, y ninguna

amenaza de los oficiales bastó para evitar que se saciaran.^[13] La falta de alimentos no fue sino una más de las razones que concluyeron en el desastre de aquella ofensiva. Alemania sólo disponía de recursos humanos y materiales para tratar de mantener las posiciones alcanzadas. Durante los meses siguientes, el mando militar ordenó llevar a cabo pequeñas ofensivas, la última en julio, en Reims, que se quedó en agua de borrajas como tantas otras. A finales de julio y durante el mes de agosto, los aliados tomaron la iniciativa de nuevo, obligando incluso a las tropas alemanas a huir en desbandada, el 8 de agosto de 1918, ante un ataque con carros blindados en los alrededores de Cambrai.^[14]

Pasaron unas cuantas semanas antes de que las autoridades se hicieran cargo de la situación desesperada por la que atravesaba Alemania. En los últimos días de septiembre, llevados por el pánico, aunque más tarde tratasen de disimularlo, los dos máximos responsables del Alto Estado Mayor, el mariscal de campo Paul von Hindenburg y el general Erich Ludendorff, fueron a ver al káiser Guillermo II para exponerle la necesidad de que Alemania solicitase un armisticio. Si bien, muchos meses antes, Ludendorff ya había caído en la cuenta de las graves carencias del país en lo militar y en lo económico, no advirtió de la situación ni al káiser ni al gobierno civil. Por supuesto, la población alemana, bombardeada con grandes promesas, permanecía en la más completa ignorancia. Ludendorff sobre todo, con un ojo puesto ya en lo que habría de venir, trató de que la responsabilidad del desastre recayese en un gobierno de civiles, formado por partidos parlamentarios (no sólo atendiendo a los deseos del káiser) para, por ese camino, dejar a salvo el honor de los oficiales y del Ejército alemán. Sabido es que el káiser se quedó desconcertado, pero Hindenburg y Ludendorff no dejaron de insistirle en la conveniencia de iniciar contactos con el Gobierno norteamericano para poner fin al conflicto.

Norteamérica no entró en guerra hasta abril de 1917. En la famosa alocución programática de los Catorce Puntos que dirigió al Congreso el 8 de enero de 1918, así como en declaraciones y discursos posteriores, el presidente Woodrow Wilson se había referido a una paz justa y duradera, una paz que permitiera que todas las naciones pudieran desarrollarse en libertad.

No habrá anexiones, compensaciones ni represalias [...] Se respetarán las aspiraciones de todas las naciones: los pueblos serán dirigidos y gobernados sólo con su consentimiento. La 'autodeterminación' es [...] el principio fundamental de la acción, y habrán de rendir cuentas los estadistas que, en adelante, no se den por enterados.^[15]

Tras el clamoroso desdén del que Alemania había dado muestras en cuanto a la neutralidad de los belgas, y los estragos perpetrados contra el territorio y las poblaciones de Francia, Bélgica y Rusia, Ludendorff y Hindenburg sabían que la única esperanza de una paz aceptable para Alemania estaba en manos de los norteamericanos. Igualmente comprendieron que, antes de sentarse a negociar en serio con Alemania, los norteamericanos reclamarían una muestra de voluntad de reforma política. Al mismo tiempo, pretendían que la responsabilidad de la inminente derrota, lejos de atribuirse al káiser y al Ejército, recayese en el Parlamento. Sólo cuando se vieron acorralados, los despóticos generales que durante dos años habían estado al frente de la dictadura militar en Alemania iniciaron un proceso de democratización.

El 3 de octubre de 1918, el káiser nombró canciller al príncipe Max von Baden, de ideas liberales, quien constituyó un nuevo Gobierno contando con la mayoría de los partidos representados en el Reichstag que, desde 1917, habían tratado de alcanzar una paz negociada. Dos de los miembros del nuevo Gobierno eran socialdemócratas. Hacía más de veinte años que la socialdemocracia era el partido mayoritario en Alemania, aunque siempre había quedado apartado del poder por los estamentos dictatoriales que regían el país. Que entrasen a formar parte del Consejo de Estado era ya un signo de que se había producido un cambio trascendental. El nuevo Gobierno mitigó los mecanismos de censura y permitió que abandonasen las cárceles en las que estaban confinados algunos de los agitadores contrarios a la guerra. A finales de aquel mismo mes, las autoridades emprendieron una serie de cambios de calado, que hicieron de Alemania una monarquía constitucional, con un Gobierno que tenía que rendir cuentas al Parlamento antes que al káiser. Se embarcó, asimismo, en una reforma del sistema electoral que pretendía liquidar la más que injusta ley del sufragio vigente en Prusia, el mayor de los estados alemanes. El Gobierno del príncipe Max inició contactos con el de Estados Unidos, solicitando el cese inmediato de las hostilidades, de acuerdo con los Catorce

Puntos. Alemania, por fin, parecía decidida a adoptar un régimen de corte liberal, garante de las libertades políticas y del derecho de participación; de ahí la premura, que pondría fin a la guerra.

No iba a ser un camino de rosas, sin embargo. Tras cuatro años de muertos, heridos, carencia de alimentos y sobrecarga de trabajo, se desataron las iras populares. Los norteamericanos, por otra parte, no estuvieron a la altura de la magnanimidad prometida. El intercambio de notas entre ambos Gobiernos provocó más de un escozor entre la burocracia alemana de alto nivel. Estados Unidos parecía no conceder demasiada importancia a los cambios políticos internos realizados hasta el momento. Cuando todos se habían hecho ilusiones de que podrían negociar con los americanos en términos de igualdad, éstos se dieron cuenta de que el káiser, rodeado de sus generales más próximos, conservaba el poder ejecutivo y, aunque simbólicamente, seguía al frente del país; en consecuencia, se negaron a atender las peticiones de aquel pueblo que había perdido con todas las de la ley la guerra más devastadora de la historia. A los alemanes les sorprendió y les molestó que los norteamericanos les exigiesen la pronta e inmediata desmovilización del Ejército, así como la retirada de todas las regiones que ocupaban. Los días 5 y 6 de noviembre de 1918, a menos de una semana del armisticio, el Ejército seguía adelante con las levas.^[16]

En los últimos días del mes de octubre, cuando todo el mundo estaba al tanto de que, bajo cuerda, había negociaciones entre Estados Unidos y Alemania, los marineros del puerto de Kiel recibieron órdenes de atizar las calderas y hacerse a la mar. La participación en la guerra de la Armada alemana había pasado con más pena que gloria: el bloqueo británico del mar del Norte obligó a los barcos a permanecer amarrados durante la mayor parte del conflicto. La única acción destacable había sido el envío de los submarinos que hundieron un convoy mercante bajo bandera americana, que acabó con la vida de muchos de los pasajeros y que desencadenó la participación de Estados Unidos en la guerra. A bordo o en tierra, los marineros padecían las consecuencias del racionamiento mientras, a pocos metros, los oficiales disponían de raciones suficientes y bien preparadas. Por si fuera poco, aquellos hombres soportaban un régimen disciplinario extremadamente severo. De modo que, cuando recibieron la orden de atizar las calderas, se preguntaron: ¿no se les habrá pasado por la cabeza, a la

desesperada y como último recurso, presentar batalla a los británicos? ¿No pretenderán hacerse a la mar y realizar una proeza heroica de última hora, según esa perversa interpretación del código del honor que afirma que, en la batalla, más vale morir con las botas puestas que admitir la derrota? No hay duda de que los almirantes trataban de librar una gran batalla naval contra los británicos para demostrar el temple de la Armada alemana y asegurarse el futuro. Pero había algo más importante en juego: pretendían acabar con las recién iniciadas conversaciones con Estados Unidos para el cese de las hostilidades –que, recordemos, se llevaban bajo cuerda– y las reformas políticas que se habían emprendido. Para un marino, más valía morir en el mar que aceptar una paz que, desde su punto de vista, era una deshonra.

Pero los marineros decidieron no secundarlos. El 29 de octubre de 1918, se amotinaron en la ciudad portuaria de Kiel, y aquella actitud prendió la mecha de la revolución que acabaría con la Alemania imperial. La revuelta de los marineros no tardó en ser imitada en los cuarteles de tierra y, más tarde, por los trabajadores de cada ciudad. Siete manifestantes perdieron la vida a causa de un enfrentamiento con una patrulla militar. En un intento por frenar la situación, partió para Kiel una delegación del Gobierno, encabezada por el dirigente del Partido Socialdemócrata (SPD), Gustav Noske. Lo primero que oyó de los marineros amotinados fue una petición de mejora de las miserables condiciones en que desempeñaban su cometido, pero sus exigencias no tardaron en revestir un matiz más político, exigiendo el final de la guerra y la abdicación del káiser. Pocos días después, la ciudad de Kiel quedaba en manos de los marineros, soldados y trabajadores.

Los marineros lograron algunas concesiones y fueron también los instauradores de un órgano que, con el tiempo, llegaría a ser una de las instituciones democráticas más sobresalientes de la revolución: el comité. Los comités habían aparecido durante las revoluciones rusas de 1905 y 1917 como órganos de expresión popular. En un intento por encontrar nuevas formas de representación política en una época de industrialización galopante y guerra mundial, en un momento en que trabajadores, soldados y marineros de toda Europa pasaron a desempeñar el papel de actores políticos decisivos, estos comités se erigieron en un símbolo para quienes tenían que soportar situaciones más que precarias. El modelo ruso inspiró a otros países y, entre la Primera Guerra Mundial y los años siguientes, se formaron comités en Italia, Hungría y Austria, entre otros. En Alemania

hubo comités de marineros, de trabajadores y soldados, incluso de artistas y agricultores. Fue un movimiento confuso y caótico, con miras políticas incipientes, pero por todas partes se extendía una forma popular de democracia, que permitía una participación política mucho más amplia y preocupada por asuntos de toda índole, como nunca había existido en Alemania.

Normalmente, los comités se elegían durante asambleas de trabajadores en huelga, de soldados en rebeldía o de artistas que buscaban un futuro para una galería o para un teatro. Los delegados se encargaban de negociar con las fuerzas del orden: jefes, capataces, funcionarios municipales, directores de teatro u oficiales del Ejército, y, a su regreso, informaban a sus compañeros. Podían deponerlos sin miramiento alguno los mismos que días u horas antes los habían elegido, o bien ser recibidos con vítores. Caóticos, escandalosos, anárquicos y, por lo general, mayoritariamente masculinos, estos comités o asambleas constituyeron una manifestación rudimentaria, pero muy importante, de expresión democrática. Una vez institucionalizados, los comités se limitaron a supervisar a los funcionarios civiles o los directores de fábrica. Despertaron también grandes esperanzas y espantosos pavores. Para sus partidarios, de extracción obrera sobre todo, los comités, especialmente en los momentos álgidos de la revolución, como el invierno de 1918-1919 o la primavera de 1920, eran la vía definitiva para llevar la democracia y el socialismo a Alemania. Para sus detractores, entre los que se contaban los tibios socialdemócratas, representaban la encarnación del “bolchevismo”, sinónimo de terror político, inseguridad, caos y desastre económico.

Con epicentro en Kiel, la revolución de 1918-1919 se propagó por tren. Su expansión puede seguirse con los horarios del ferrocarril en la mano, a medida que los marineros abandonaban la ciudad portuaria para llevar la noticia de que estaban hartos de aquella guerra y se habían amotinado contra los oficiales. Así, aquellos hombres llegaron a Bremen, Hamburgo, Bochum, Essen, Braunschweig, Berlín y, mucho más al sur, hasta Múnich y Baviera. Desde el momento en que se supo que los marineros reclamaban el inmediato final de la guerra, el derrocamiento del káiser y sus generales y la instauración de un nuevo Gobierno democrático, la noticia del motín fue muy bien recibida. Hombres y mujeres dejaron de lado sus herramientas de trabajo, se concentraron en el patio o en el vestíbulo de las fábricas y

exigieron lo mismo. Hubo llamamientos a la huelga general. Los soldados destinados en territorio alemán comenzaron a abandonar los cuarteles, e incluso algunos oficiales llegaron a reconocer que el káiser tenía que abdicar. Al canciller, el príncipe Max, la situación se le iba de las manos.

Los acontecimientos se sucedían muy deprisa. Procedentes de fábricas, minas y cuarteles, trabajadores en huelga y soldados confluían en el centro de las ciudades. En todas partes se eligieron comités de trabajadores y de soldados. El 9 de noviembre de 1918, mientras decenas de miles de personas se reunían en plazas públicas del centro de Berlín y muchas más intentaban llegar a la ciudad, el príncipe Max puso la Cancillería del Reich en manos de Friedrich Ebert, jefe del SPD, en un intento desesperado por mantener el orden. Fue un acontecimiento histórico, aunque ni Ebert ni los suyos pudieron saborear el éxito. El poder por el que durante tanto tiempo habían luchado les llegaba de un modo ignominioso, por decisión del último canciller del último Gobierno imperial, en un momento crítico de la historia de Alemania, cuando las compensaciones por la guerra y el desánimo de la derrota empañaban cualquier idea o iniciativa.

Desde la balconada del edificio del Reichstag, el dirigente del SPD Philipp Scheidemann proclamó la República en Alemania. A unos doscientos metros de allí, desde uno de los balcones del Palacio Real, el conocido socialista radical y agitador antibélico Karl Liebknecht proclamaba la república socialista. Ebert estaba furioso. Consideraba a Liebknecht, que acababa de salir de las cárceles del káiser, un radical furibundo, que estaba mucho mejor entre rejas. Scheidemann, sin embargo, era un camarada afín, y ningún organismo oficial, ni el Gobierno ni ningún partido político, había autorizado la proclamación de la República, un asunto que ni siquiera se había debatido. Ebert confiaba, por encima de todo, en que se llevase a cabo una transmisión ordenada y neutral de poderes. Incluso era partidario de la continuidad de la institución monárquica, aunque no en la persona del káiser Guillermo II. Pero, sometida a la presión conjunta de los norteamericanos y de las revueltas populares, la familia imperial tenía que desaparecer. Así, el 9 de noviembre, el káiser abdicó y nadie se atrevió a señalar a un posible sucesor. Wilhelm Groener, segundo de Ludendorff en el Estado Mayor, llegó a decirle al káiser: “El Ejército regresará a los cuarteles con calma y orden, cumpliendo las órdenes de sus jefes y generales, pero no

por orden de Vuestra Majestad, porque ya no contáis con el respaldo de las fuerzas armadas”.[17]

Scheidemann, en aquel momento al menos, demostró ser el político de más fino olfato. Había forzado la situación, y el 11 de noviembre de 1918, Ebert y los suyos formaron un nuevo Gobierno con sus correligionarios más cercanos y radicales, el Partido Socialdemócrata Independiente (USPD). Aunque poco inclinados a compartir el poder, ambos partidos pusieron todo su empeño en llevar adelante la transición a la democracia: una avalancha de decretos bastó para instaurar la libertad de expresión y de religión, la libertad de prensa, el sufragio universal y equitativo, también para las mujeres, y para conceder una amnistía para los presos políticos. Una transformación trascendental, reclamada por las masas que atestaban las calles y los centros de trabajo.

El Gobierno puso manos a la obra rápidamente para dar la guerra por concluida. Había aún soldados en Francia, Bélgica o Turquía, países donde Alemania había iniciado la contienda. Las negociaciones con Estados Unidos no iban por el camino apetecido. Pero Alemania ya contaba con un Gobierno democrático, que depositó sus esperanzas en el presidente Wilson y aceptó las exigencias fundamentales de los norteamericanos para poner fin a las hostilidades: que el Ejército alemán abandonase los territorios ocupados en un plazo de dos semanas, y que entregase ingentes cantidades de material militar pesado a las tropas aliadas. La orilla izquierda del Rin, territorio alemán por otra parte, quedaría bajo el control de las fuerzas aliadas. Se revocaría de inmediato el Tratado de Brest-Litovsk, que Alemania había firmado con la Rusia revolucionaria, para asegurarse el control de una vasta zona de la Rusia europea. Los norteamericanos no prometieron nada en cuanto a las condiciones definitivas del tratado de paz, e incluso se negaron a presionar al Gobierno británico para que levantase el bloqueo del mar del Norte. Prevaleció la postura de mantener la cabeza fría, a pesar de que algunos oficiales (y también civiles) reclamaron lo que en Francia denominaban una *levée en masse*, una movilización masiva de la población contra el enemigo. Aunque con el paso del tiempo lo negarían, la mayoría de los oficiales de alto rango acabaron por admitir que no había otra salida que aceptar las exigencias de los aliados.

El 11 de noviembre de 1918, una representación del nuevo Gobierno se desplazó a Compiègne, en Francia, para firmar el armisticio que pondría fin a las hostilidades (el tratado de paz se redactaría más tarde). Los militares no se movieron del cuartel general de Spa. La guerra que tanto habían alentado y que, durante cuatro años, habían llevado a efecto con consecuencias tan desastrosas, concluyó no con sus firmas, sino con la rúbrica de Matthias Erzberger, del Partido del Centro Católico. Tratando de escurrir la responsabilidad de sus propios actos, los militares no tardarían mucho en afirmar que los traidores a la patria, es decir, los socialdemócratas, los judíos e incluso los católicos, como el propio Erzberger, habían impedido la victoria de Alemania. La infame leyenda de la puñalada por la espalda, esa insidia a la que, más adelante, recurriría Adolf Hitler con increíbles resultados, comenzó a fraguarse incluso antes de la firma del armisticio.

A finales de enero de 1919, el Ejército alemán, que en el momento del armisticio contaba con unos ocho millones de hombres, quedó reducido a un millón.^[18] Aunque el orden y la disciplina brillaron por su ausencia, la desmovilización fue una operación asombrosa. Cientos de miles de hombres regresaron de Francia, Rusia o Turquía; muchos de ellos, con la ansiedad de volver, lo hicieron por sus propios medios. Un gran número de soldados se negó a entregar las armas. La sociedad alemana estaba hambrienta, destrozada y desalentada, y, por si fuera poco, en gran medida, armada.

La decisión no afectó sólo a los soldados. También había que dismantelar las enormes fábricas de armamento. Alemania ya no iba a necesitar tanta munición ni tantas ametralladoras. Decenas de miles de trabajadores se quedaron en paro: les dieron el finiquito, con un poco de suerte dos semanas de salario, y los embarcaron en el primer tren con destino a sus localidades o ciudades de origen. Millones de mujeres, contratadas por esas mismas fábricas durante la guerra, oyeron en términos no muy corteses que tenían que ceder sus puestos a los hombres que regresaban del frente. Krupp es, de nuevo, un buen ejemplo de la situación vivida entonces. Con implacable precisión logística, la compañía despidió a cincuenta y dos mil trabajadores; a finales de noviembre, todos habían abandonado Essen. Diez semanas después de la firma del armisticio, la plantilla había quedado reducida a

treinta y ocho mil trabajadores, un tercio aproximadamente de la que tenía en 1917, inferior incluso a la nómina de 1914. Sólo siguieron en sus puestos unas quinientas de las casi treinta mil trabajadoras que integraban la plantilla en 1917.^[19] Muchas lo hicieron de forma voluntaria, encantadas de dejar atrás las duras condiciones de trabajo y las ciudades insalubres y superpobladas, para regresar al lado de sus familias, asentadas en parajes más acogedores. Otras, sin embargo, echaban de menos el salario y la independencia relativa que la paga les había proporcionado. Con un lenguaje típicamente burocrático, los funcionarios prusianos precisarían que:

Hubo que sortear no pocas dificultades para que conseguir que las mujeres abandonasen sus puestos de trabajo (en las fábricas)... [Las mujeres] habían dado muestras de inteligencia y capacidad; los hombres, más quisquillosos, se negaron a aceptar tareas pesadas o empleos más precarios, o buscaban cambiar de puesto al poco tiempo. Fue necesario adoptar medidas especialmente rigurosas para sustituir a las mujeres en las fábricas de carbón, donde desempeñaban un trabajo totalmente inadecuado para ellas.^[20]

Las autoridades también tuvieron dificultades con los empresarios que, en muchas ocasiones, preferían no desprenderse de la mano de obra femenina, más cumplidora y barata. Más de una vez amenazaron con cerrar las fábricas, si se veían obligados a desprenderse de sus trabajadoras.^[21] No obstante, acabó por imponerse la política de apartar a las mujeres para hacer hueco a los soldados que habían regresado. A pesar de todo, algunas se las arreglaron para seguir formando parte de la mano de obra industrial y remunerada, aunque no en los puestos cualificados que habían ocupado durante los años de la guerra.^[22]

Nerviosos, los funcionarios municipales acudían a la estación para dar la bienvenida a cada tren que traía una nueva remesa de soldados procedentes del frente. Las arengas referidas a la victoria sonaban huera. Mucho más clarificadores eran los folletos que aconsejaban a los soldados que siguiesen adelante, hasta llegar a sus localidades de origen, porque las ciudades y pueblos por los que pasaban no podían ofrecerles trabajo ni cartillas de racionamiento.^[23] Aquellos funcionarios temían sobre todo la aparición de